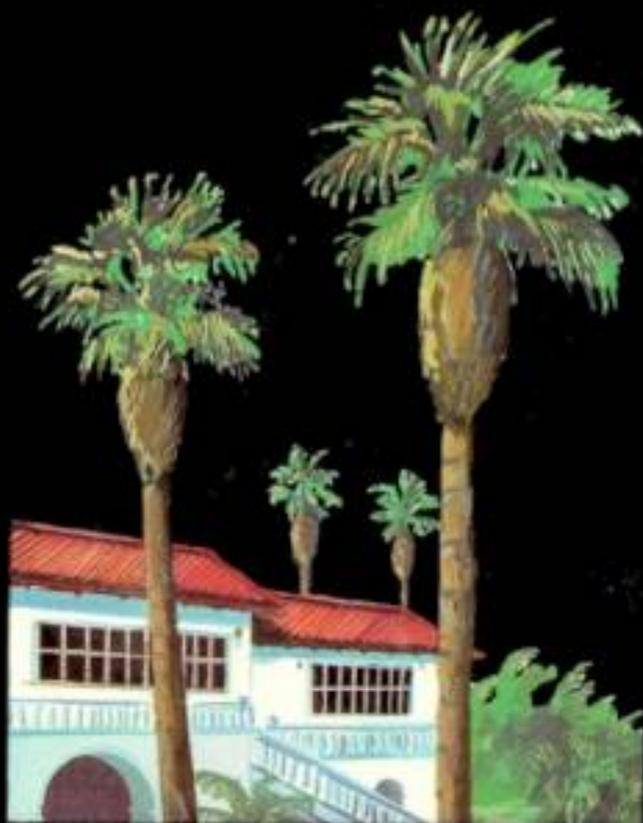

GERALD PETIEVICH
MORIR EN BEVERLY HILLS



E T I Q U E T A



N E G R A

Un testigo clave va a ser asesinado. Un policía de extraños gustos sexuales está envuelto en la historia. Charlie Carr está dispuesto a vender su alma al diablo para aclarar la historia que casi le cuesta la vida a su compañero.

*Para mi madre
y mi padre*

NOTA

Gerald Petievich es un norteamericano de origen yugoslavo que reúne una serie de muy sorprendentes características: Fue agente del Tesoro encargado de perseguir falsificadores, fue guardaespaldas de Somoza a cuenta del Departamento de Estado, y vio cómo subían y bajaban del avión extraños tipos con sacos de dinero, fue agente del servicio secreto norteamericano. Hoy está más allá de todas esas historias, y se dedica a narrarlas, descarnadamente, denunciando corrupciones y amoralidades, tomando a veces el punto de vista del delincuente.

En sus trabajos como agente secreto, Petievich recorrió la mitad del mundo, y encontró material para un centenar de novelas de las cuales solo ha escrito media docena (entre otras cosas porque sus viejos patrones durante un tiempo impidieron que publicara alguna de ellas).

Tras Money Men y One Shot Deal, Petievich saltó al éxito con Morir en Beverly Hills, que fue llevada al cine con un éxito mayor aún. Poco después le seguiría Vivir y morir en Los Angeles, que publicaremos próximamente en nuestra colección.

PIT II

CAPÍTULO 1

El tablón de anuncios del Departamento de Detectives estaba cubierto con un mapa de plástico transparente salpicado con alfileres rojos que indicaba la incidencia de los robos con escalo en la zona. Ya que Beverly Hills era una ciudad de ricos, ese tipo de robos eran los únicos crímenes con suficiente actividad semanal como para ser registrados en el mapa.

El detective Travis Bailey se encontraba solo en la hermosa habitación enmoquetada de la oficina del tercer piso. En lugar de las apestosas mesas manchadas de café que se encuentran normalmente en los departamentos de policía de las grandes ciudades, la oficina era espaciosa y limpia y tenía pintorescas particiones. En vez de pobres viviendas de ladrillo, la vista de la ventana era la de un distrito comercial compuesto por tiendas que vendían zapatos de piel de avestruz, mondadientes de oro y pieles. En vez del ventilador eléctrico removiendo el humo de los cigarrillos y los puros, la oficina estaba equipada con un ordenador *modus operandi* que había sido el tema de un artículo en un periódico de la policía, además de un conjunto de modernas salas de interrogatorio amuebladas con espejos bidireccionales y sillas tapizadas.

En la mesa de Bailey había una papelera vacía y un gancho para clavar mensajes atravesando una pila de diez centímetros de mensajes telefónicos fechados. Las esquinas de los papeles de la pila estaban perfectamente alineadas, y cada uno de sus mensajes llevaba la rutinaria marca roja de comprobación de Bailey. El detective abrió lentamente el cajón del escritorio para evitar desordenar los lápices y otro

material de oficina que tenía cuidadosamente colocado dentro, y sacó un lápiz del número dos perfectamente afilado. Pasó unos instantes garabateando el nombre de Lee en una libreta, luego arrancó la hoja, hizo una pelota con ella y la arrojó a la papelera.

Sonó el teléfono. Cogió el auricular.

—Detectives. Bailey —dijo.

—Estoy en una cabina —dijo Emil Kreuzer, con menos acento alemán del que simulaba en su número de hipnosis en el *night-club*—. Podemos hablar.

—¿Estaba allí? —preguntó Bailey.

—Tenías razón —dijo Kreuzer—. Está allí. El tipo de la galería de arte lo tiene en el cuarto trasero. Lee hizo el trato a nuestras espaldas. Nos jodió. Dios sabe que no es la primera vez. Probablemente nos ha engañado con una cosa u otra en cada ocasión. Ya te he dicho que nunca llegó a gustarme. Ese tipo es una comadreja, una jodida y apestosa comadreja. Nos apuñaló por la espalda.

—¿Viste el artículo? —preguntó Travis Bailey.

—¿Crees que te diría algo así si no estuviera seguro? —repuso Kreuzer—. Te estoy diciendo que el mismo dibujo de Picasso que vi colgado en el salón del tipo la semana pasada, el mismo que anoté en mi pequeño esquema, está colgado en este mismo momento en el cuarto trasero de la galería de arte. El tipo de la galería confía en mí por los muchos negocios que le proporciono, e incluso me dijo lo que había pagado por él. Quince mil. Dijo que en Europa vale ochenta.

—¿Cómo sabemos que el dueño no se dio prisa y se deshizo de él cinco minutos después de darse cuenta de que su casa había sido forzada? —interrumpió Bailey—. Todo el mundo en esta ciudad sabe cómo jugar al juego de cobrar el doble al seguro.

—No me has dejado acabar —dijo Kreuzer, impaciente—. Sonaqué al tipo de la galería para que me dijera quién lo había traído. Le conté que tenía parte de la acción en el

golpe. ¿Sabes lo que me dijo? Dijo: «Eso es entre tú y Lee». Nos ha jodido. No hay duda.

Bailey volvió a mirar la puerta. Estaba solo en la oficina.

—No me gusta que me llames aquí —dijo.

—Pensé que querrías saberlo de inmediato.

Bailey se mordió el labio mientras pensaba en lo que Kreuzer le había dicho.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kreuzer, tras un instante de silencio.

—Me encargaré del problema.

—Te apoyo en todo lo que decidas hacer —indicó Kreuzer—. Quiero que lo sepas.

Travis Bailey colgó el auricular. Tras sacar una servilleta de papel y un frasco de limpiacristales de un cajón, limpió cuidadosamente el cristal que cubría su mesa. Tiró la servilleta empapada a la papelera y devolvió el frasco a su lugar correspondiente. Se levantó y se puso una chaqueta deportiva blanca y negra, y ajustó la entrepierna de sus pantalones hechos a la medida.

El teléfono sonó otra vez.

—Detectives. Bailey.

—Soy Jerome Hartmann —dijo un hombre de voz meliflua—. Mi casa está en Beverly Glen Drive. Voy a estar dos semanas de vacaciones fuera de la ciudad, y me gustaría que alguien del Departamento se pasara por aquí antes de que me marche. Me preocupa un poco dejar la casa desprotegida en este momento.

—¿Es usted el Hartmann presidente de un banco? —preguntó Bailey.

Se escuchó el sonido de hielo tintineando en un vaso.

—Sí —respondió Hartmann—. Supongo que ha reconocido mi nombre por el periódico de hoy.

—Sí, señor, así es —dijo Bailey—. Estoy libre esta mañana, por si quiere que nos veamos. —Bailey usó un lápiz afilado para anotar la dirección de Hartmann. Colgó el teléfono. Había un *Los Angeles Times* encima de un archivador.

Buscó en la segunda página el artículo que había leído a primeras horas de la mañana.

Los Angeles, 30 de julio. La Fiscal del Distrito Reba Partch anunció hoy que piensa llamar a Jerome Hartmann, presidente de la sucursal de Beverly Hills del Banco de Comercio-Pacífico, para que declare como testigo contra el conocido miembro de la Mafia Anthony Dio y otros tres cómplices que supuestamente conspiraron para obligar a Hartmann a sustituir dinero falso por el dinero que se encontraba en la caja fuerte del banco.

El plan, que contaba con la colaboración de un empleado del banco supuestamente sobornado por Dio, fue abortado por Hartmann cuando informó del incidente a los Agentes del Tesoro. A petición de estos, Hartmann accedió a llevar un micrófono oculto cuando se reunió más tarde con los hombres de Dio.

«El gobierno piensa demostrar que hubo un intento de conspiración por parte del crimen organizado para defraudar al banco millones de dólares utilizando la extorsión y la falsificación», anunció Partch.

Tras leer el artículo, Bailey volvió a dejar el periódico sobre el archivador y se dirigió al cuarto de baño. Se lavó las manos concienzudamente con agua y jabón y se pasó un peine por el pelo. Delante del espejo, se ajustó la corbata de seda y se cepilló la chaqueta deportiva. Sabía que sus despejados rasgos, su pelo oscuro bien peinado y su recia mandíbula (que consideraba su mejor característica) le daban el aspecto del joven detective arquetípico. ¿Por qué no seguir el juego?

Antes de marcharse, Bailey asomó la cabeza en la oficina del capitán Cleaver. Este, un hombre calvo y bien alimentado con un broceado color cacao fruto de sus frecuentes fines de semana en su chalet de Palm Springs, levantó la cabeza de un ejemplar del *Wall Street Journal*. Arqueó las cejas.

—¿Ha oído algo? —preguntó Bailey en tono deferente. Los ojos de Cleaver regresaron al periódico.

—Delsey Piper puede empezar en el Departamento de Detectives el lunes que viene —dijo sin mostrar ninguna expresión—. El Jefe aceptó lo de trabajar de forma encubierta..., dice que le gusta la idea de tener un detective femenino. Después de que saliera de su oficina, llamó a esa mujer del Ayuntamiento y le dijo que era idea suya promover a la primera mujer al Departamento de Detectives. Su secretaria me lo dijo.

—No lo lamentaré, capitán —dijo Bailey—. Con una mujer operando con nosotros de forma encubierta podremos resolver algunos casos importantes. Los ladrones y los peristas se huelen los disfraces, pero con una mujer no. Garantizo que recuperaremos un montón de propiedades robadas.

Cleaver pasó una página del periódico.

—Será mejor que así sea —dijo sin levantar la vista—. A ningún oficial de este departamento le va a hacer gracia que una mujer con apenas un año de experiencia en un coche patrulla sea ascendida a detective. No me muero de ganas por presenciar todas las quejas y murmuraciones que esto va a levantar. Espero que te asegures de que no meta la pata —dijo, mirando a Bailey—. No necesito ningún problema.

—La tendré bajo mi ala —dijo Bailey—. Garantizo un montón de recuperaciones. —Guiñó un ojo.

Cleaver sonrió sardónicamente.

—Ahora que lo mencionas, es una verdadera lástima ver los problemas que tienen las compañías de seguros pasa usar sus fondos de recompensas por la recuperación de propiedades robadas.

Los dos hombres se sonrieron mutuamente. Travis Bailey se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Te la estás tirando? —preguntó Cleaver.

Bailey se detuvo.

—No —mintió.

Mientras subía a su impoluto sedán en el aparcamiento de la policía, pasó un Rolls Royce al menos a ciento cuarenta por hora. La velocidad era un privilegio de los residentes de Beverly Hills. «No le pongas multas a la gente que vive en esta ciudad —le dijo un veterano patrullero hacía doce años, cuando se presentó por primera vez a cumplir su turno—, y llama al Jefe a su casa, aunque sea a medianoche, antes de arrestar a uno de esos ricos hijos de puta. Arrestar a cualquiera en esta ciudad excepto a un ladrón es la forma más rápida de acabar con tu carrera en la sala de archivos. A menos que quieras acumular pruebas en el sótano ocho horas al día durante el resto de tu vida, sigue con el programa».

El consejo le había servido bien; tres años en un coche patrulla, y luego directo a Detectives. Debía su rápida promoción al hecho de que se había dado cuenta pronto de que la clave del juego estaba en los informadores. Un buen soplo resolvía robos que mil agentes equipados con cámaras y detectores digitales podrían pasarse investigando el resto de sus vidas.

Bailey puso el motor en marcha y salió del aparcamiento. Casi por instinto, fue girando a la derecha a través del resplandeciente distrito comercial para evitar los habituales atascos de tráfico. Demonios, después de más de diez años en el Departamento, podía dibujar un mapa de la ciudad con los ojos cerrados. De hecho, había conseguido su promoción a detective de segunda enviando un trabajo titulado «La Geografía de las Pautas de los Robos Con Escalo en la Ciudad de Beverly Hills» al Jefe de Policía, a quien siempre resultaba fácil deslumbrar. En él exponía su «teoría del embudo», y la documentaba con un montón de jerga criminológica y algunas fotos aéreas que había tomado prestadas de la Unidad de Helicópteros del Sheriff. La teoría era la siguiente: Ya que la ciudad tenía forma de embudo, con las áreas residenciales agrupadas al pie de las colinas de la

zona norte (el borde del embudo era el campo de golf), la mayoría de los servicios de los coches patrulla deberían estar concentrados allí en vez de en las zonas relativamente libres de robos del sur, que formaba la espita del embudo. O algo así.

Salió de la zona comercial y entró en una vía pública, pasando junto a una línea de edificios de oficinas de tamaño medio que sabía que rebosaban de despachos de abogados. Pocos minutos después, se detuvo ante un semáforo en rojo que marcaba los límites de la ciudad.

Al otro lado de la calle, allá donde comenzaba la zona oeste de Los Ángeles, había un edificio de ladrillo con letras de bronce en la puerta principal, la Academia Militar Pascoe. En el centro de un rectángulo de césped, delante del edificio, una estatua de un cadete, manchada por las cagadas de los pájaros, saludaba al bulevar. Junto a la academia había un patio de juegos cubierto rodeado por una verja. En el patio, un puñado de muchachos vestidos con uniformes color verde oliva, charreteras rojas y gorras de instrucción permanecían en posición de firmes. Delante de ellos, sobre una pequeña plataforma, había un hombre con el pelo rapado y vestido de la misma manera. Bailey había asistido a la academia entre los doce y los dieciséis años, y sabía que el hombre era el comandante, y que probablemente anunciaba las órdenes del día.

Junto al patio de juegos de la academia se hallaban los terrenos de un cementerio de animales señalado por un perímetro de altos cipreses indios. Allí, después del toque de queda y en los fines de semana, los veteranos enseñaban a los jóvenes cadetes a fumar porros, sodomía, concursos de masturbación, y la técnica de aguantar la respiración hasta desmayarse; juegos de soldaditos.

Tras verificar el tráfico del cruce, se saltó el semáforo en rojo. Después de una manzana aproximadamente, giró al norte en una calle que le devolvió a los límites de la City. Recorrió lentamente anchas calles adornadas con palmeras

y hogares imponentes (los corredores de bienes raíces decían que no había un solo solar en la City que costara menos de un millón de dólares) en varios estilos conservadores. Aunque no había dos residencias iguales, pocas de ellas no disponían de garaje para varios coches, flores y setos abundantes. Las pistas de tenis (por ley no escrita) no eran visibles desde la calle. Las amplias calles, aceras y caminos de acceso estaban remarcablemente limpios de manchas, así como de cualquier rastro de basura u otros detritos.

Los únicos vehículos aparcados en la calle pertenecían a los repartidores y jardineros; aquellos que servían a las estrellas de cine, jefes de empresa, presidentes de juntas, directores, productores y agentes que eran los residentes de la City.

Por fin llegó a Sunset Boulevard, giró a la izquierda y pasó junto a una parada de autobús. Una mujer rubia y regordeta de mediana edad que estaba sentada en el banco le recordó a su difunta madre. Tal vez, pensó para sí, fuera solo su uniforme de criada. O tal vez fueran el uniforme y el pelo rizado y oxigenado. Recordó cómo el vicepresidente a cargo de producción que empleaba a su madre le pagaba siempre con un cheque de gastos del estudio para desgravar a Hacienda. En la ciudad, todo era desgravable.

Travis Bailey mantuvo la mirada fija en las señales pintadas en la acera hasta que descubrió la casa que estaba buscando. Giró a la derecha y siguió un sendero semicircular hasta la parte delantera de una immaculada mansión estilo Tudor. Aparcó, y se sacó un peine del bolsillo de la camisa y se lo pasó por el pelo antes de bajar del coche y encaminarse hacia la puerta principal. Con cautela, utilizó la aldaba con la forma de una cabeza de león. Un hombre delgado y de mediana edad, con una chaqueta de franela gris a juego con el color de su pelo, abrió la puerta. Llevaba una bebida en un vaso alto.

Travis Bailey mostró su placa.

—¿No quiere pasar? —dijo Jerome Hartmann después de estrecharle la mano.

Bailey siguió a Hartmann por un pasillo que dejaba atrás un estudio a oscuras y entró en un espacioso salón decorado con óleos abstractos y tapices. La pared que daba a la parte trasera de la casa era un conjunto de puertas correderas de cristal que conducían a una piscina estilo gruta. Un acuario llenaba la pared entre la puerta de cristal y el pasillo. Frente a él, tras una alfombra marrón de felpa que hacía juego con las vetas del mármol, había un diminuto bar de madera pulida.

Bailey tomó asiento en un sofá.

Hartmann se sentó en una silla de aspecto incómodo. Se detuvo para dar un sorbo a su bebida y, por cubrir las apariencias, ofreció una a Bailey. Como esperaba, Bailey la rechazó.

—He de entender que conoce el caso de malversación en el que estoy envuelto —dijo Hartmann.

—Solo lo que he leído en los periódicos.

—Entonces seguro que comprende por qué siento un poco de aprensión ante la idea de marcharme dos semanas. El servicio está de vacaciones, así que no habrá nadie aquí, ni siquiera un perro. Me preocupa que alguien planee colocar una bomba en mi casa mientras estoy ausente. Supongo que esto le sonará probablemente un poco estúpido —dio otro sorbo a su bebida.

—En absoluto, señor —dijo Bailey—. Pero ¿no le ha ofrecido el gobierno federal protección como testigo?

—Sí, lo ha hecho, pero es demasiado complicado. No quiero tener gente a mis espaldas todo el día. Aprendería simplemente un poco de consideración especial del Departamento mientras estoy fuera. Si pudiera hacer que uno de sus patrulleros se pasara por aquí y comprobara las cosas una o dos veces al día, según le venga mejor...

—No hay problema, señor Hartmann. Informaré a los coches patrulla —dijo Bailey—. Y yo mismo me pasaré de

vez en cuando para comprobar. —Hizo el guiño típico de cortesía.

—Con eso me tranquiliza —dijo Hartmann.

—¿Quién lleva el caso en el departamento del Tesoro?

—El agente Carr. Charles Carr.

—Lo conozco.

—El mundo es un pañuelo —dijo Hartmann sin interés. Ofreció una sonrisa de banquero que significaba que la entrevista había terminado.

Bailey se levantó y le estrechó otra vez la mano antes de marcharse.

Una vez en el coche, se dirigió al sur a través de calles familiares. Como de costumbre, las cosas estaban tranquilas. De vez en cuando un Mercedes-Benz o un Cadillac salían de una carretera de acceso. Los habituales practicantes de *footing* correteaban por los alrededores, unos pocos criados metían y sacaban las cosas de las casas, un repartidor buscaba una dirección.

Mientras conducía, Travis Bailey empezó a atar cabos en su mente. Como había dicho recientemente en una conferencia para el Seminario de Acción Policial, el objetivo de una planificación policial era establecer prioridades en los problemas, definir los desafíos y tomar decisiones sensatas y permanentes. Después de pensarlo aproximadamente una hora, decidió ir a dar la buena noticia a Delsey Piper. ¿Por qué no hacer primero la tarea más agradable? ¿Empezar lo que seguramente iba a causar *stress* con algo que aliviara el *stress*? Tomó el micrófono de la radio del coche.

—David Catorce —dijo con voz de radio—. Que David Nueve se reúna conmigo en el campo de golf para tomar el informe de un robo.

—Roger, David Catorce.

Cuando llegó a su lugar de reunión habitual, un racimo de árboles en la zona norte del Campo de Golf de Beverly Hills, Delsey Piper se encontraba ya allí. Su coche patrulla blanco y negro estaba aparcado bajo un árbol junto a una

alta verja. Permanecía, ataviada con el uniforme completo, apoyada en uno de los parachoques delanteros. Tenía un espejito en la mano y se cepillaba el corto y rubio pelo cuando Bailey aparcó su coche y salió de él.

—¿El informe de un robo? —dijo, divertida—. ¿Qué se te ocurrirá la próxima vez?

—Empiezas en el Departamento de Detectives el lunes próximo —dijo él, echando un vistazo al campo de golf que se extendía ante su vista. Aquí estaba en la cima de la ciudad.

Ella lanzó un gritito y saltó del parachoques. El equipo de su uniforme resonó.

—¿No mientes?

—No miento —dijo él—. Cleaver recibió hoy la conformidad del Jefe.

—¡Hurra! —exclamó ella, saltando arriba y abajo—. ¡Se acabaron las puñeteras multas de aparcamiento! ¡No más informes de accidentes de tráfico! ¡Ultracojonudo! ¡Dinamita! —continuó dando saltitos como una animadora.

Travis Bailey contempló su reacción con una sonrisa divertida. Se recordó que ella solo tenía veintidós años. Agarró su cinturón Sam Browne y la atrajo hacia sí. Ella aún reía cuando sus bocas se encontraron. Mientras se besaban, Bailey buscó la cremallera de los pantalones de su uniforme y la bajó.

—¿Y si aparece alguien? —preguntó ella.

—Entonces encontrarán a una mujer policía a la que están partiendo el coño —susurró él. Le soltó el cinturón. Este, junto con su pesado equipo, cayó al suelo. Tiró de los pantalones, luego de las bragas.

—Eres tan *basto* —dijo ella, sacudiéndose los pantalones.

Hizo que ella girara sus amplias caderas, y la clavó contra el coche patrulla.